



La conversión: ¿excentricidad o necesidad vital?

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 07/07/2014)

En general, hablar de conversiones es entrar en una tierra llena de clichés y prejuicios. Desde la sospecha, se puede juzgar una conversión como una traición a la creencia de la mayoría o como el hecho de desentenderse de las dinámicas sociales imperantes, pero en la mayoría de los casos no es ninguna de las dos cosas. En los territorios que han sufrido siglos de represión ideológica en nombre de la homogenización, como es nuestro caso, el estigma que rodea el fenómeno de la conversión todavía resulta más profundo. Muchos prejuicios que imperan hoy en día son la herencia de este traumático pasado, que castigó cualquier diferencia con la muerte o la expulsión.

Un cambio de perspectiva

Los seres humanos no tenemos la capacidad de metamorfosis, no pasamos, cómo el personaje de Kafka, de personas a insectos. Por lo tanto, quien la busque en la conversión sólo conseguirá entrar en la fantasía. Un término más preciso también proviene del griego: "metanoia", entendido como un cambio de rumbo en un momento dado causado por una experiencia interior, y donde se percibe la dimensión sagrada de la realidad que hasta entonces permanecía detrás de un velo. Una experiencia que, cuando es sincera, nunca es brusca: no se produce cuando se entra en una religión buscando respuestas acotadas, sino cuando se encuentra un determinado espacio donde cultivar esta combinación de asombro, agradecimiento y comunión provocadas por el gran interrogante que supone la manifestación de lo divino. La conversión profunda, que sacude identidades y creencias preestablecidas, no entra en el supermercado de espiritualidades pasando de una a otra según las tendencias o los deseos del momento: se adentra en un marco de códigos y rituales determinados, normalmente asociados con una religión o tradición espiritual, como ámbito donde desarrollar-se, es decir, desegocentrarse. "Mi cambio -dice la conocida monja y activista Teresa Forcades- vino como consecuencia de una decisión. Digamos que con la llamada se me abrió una posibilidad donde tuve claro desde el principio que allí estaba yo para decir sí o no... Sabía que al decir sí tendría que renunciar a una serie de satisfacciones, posibilidades. No estoy 'yo y yo, sino 'yo y algo más'. Y esto otro, además, me dice cosas, siento que me interpela directamente."

Simone Weil, que vivió esta metanoia tras un proceso vital donde se incluyen viajes -entre ellos en

una península Ibérica en plena Guerra Civil-, el trabajo en el campo occitano y la constante recitación de poemas místicos y del Padrenuestro, dejó un rico testimonio de lo que implica una experiencia profunda de conversión. Sin embargo, en el imaginario popular, cargado como decimos de un legado de siglos muy contrario a la pluralidad, ni Forcades ni Weil son conversas porque continúan en el marco de la religión mayoritaria. Seguimos, por lo tanto, asociando converso a "renegado", que es cómo designaba la Inquisición a quienes abandonaban el Cristianismo y se afirmaban musulmanes. Las identidades cerradas, forjadas en la ideología, necesitan este campo de tergiversación, desmemoria histórica y enfrentamiento perpetuo para continuar retroalimentándose y, por tanto, ven las conversiones desde el alarmismo y la amenaza.

Una sociedad permeable a las conversiones

Esta necesidad que muestra el converso de pertenencia, de sentimiento grupal, aumenta las reticencias de una sociedad que vive la diferencia de una forma negativa. Se acentúa, además, cuando la persona que experimenta la conversión cambia de vestido o de nombre para ajustarlos a este nuevo marco o los incorpora y combina según el contexto. De todos modos, y a pesar de que la diversidad de experiencias es significativa, muchas veces entrar en otra tradición espiritual minoritaria no implica una ruptura con la sociedad donde ha crecido el converso, más bien todo lo contrario. Al proporcionar otros conocimientos y perspectivas de las imperantes, fortalece su implicación social motivada por compartir aquello que considera muy beneficioso para el conjunto (en España, como en toda Europa, hay muchos ejemplos en el campo del activismo por la igualdad, la ecología, las terapias alternativas, el arte...). Sólo una sociedad empática y equilibrada entiende el valor de esta pluralidad, por eso los conversos, gracias a esta experiencia personal mediadora, son una de las claves contra el totalitarismo y la exclusión ("He experimentado menos libertad en el ámbito académico y en el hospital que en el monasterio", concluye Forcades). Siempre y cuando, insistimos, se entienda esta experiencia interior de una manera radical y sincera, sin manipulaciones ni condiciones materiales (por ejemplo, las promesas de una mejora económica que promueven algunos movimientos proselitistas de acción global). Un giro en el camino para entrar en vías de símbolos y pautas que, aunque puedan parecer culturalmente ajenas, algunas forman parte del ADN europeo -como el judaísmo o el islam- y otras -como el budismo- se han integrado sin problemas en el paisaje cotidiano. El converso habita un no-lugar precisamente por cuestionar la identidad heredada. Buscando llegar a la raíz de la tradición que descubre, fascinado, se le puede ver como un iluminado, excéntrico o fanático, pero si no se estanca en este punto conseguirá la apertura necesaria para recolocarse y gestionar la multiplicidad de referencias que absorbe. Cuanto más permeable sea la sociedad que acoge estos procesos internos, más nutritivos y colectivos serán sus frutos.